

bido su difusión en el Brasil por ligeras interpretaciones en cuanto a su fondo social. Si bien es cierto que el argumento tiene por escenario de desarrollo regiones brasileñas, el problema y la tragedia no tienen, en cambio, limitación alguna; pertenecen al universo, son continentales, subsisten en todos los pueblos mientras la sociedad se ajuste a la actual diferenciación de clases sociales. Lo que Ferreira de Castro descubre en los cafetales de San Paulo, podría transportarse a las explotaciones de algodón del Chaco, a los yerbales de Misiones, a las minas bolivianas, a las salitreras chilenas o a las regiones mineras de cualquier región de América.

Documento vital cuyo vigor se excede de los límites de la novela deja en el espíritu un sedimento de amargura. Su lectura constituye el desfile doloroso de la caravana heterogénea y confiada, en marcha, marcha incesante hacia el porvenir. —*Salomón Wapnir.*

FILOSOFIA

PLOTINO, (1) por *Jorge Mehils.*

Pocas etapas históricas tan abundantes de sugerencias eficaces para una mejor comprensión de la actualidad occidental, como aquella que abarca el esplendor de Alejandría. Es fácil advertir notables semejanzas de forma y sentido entre las realidades de entonces y las de ahora, sobre todo en la es-

fera de los problemas espirituales. Alejandría es una ciudad cuyo máximo florecimiento corresponde a la declinación del mundo cultural greco-latino. Es una ciudad cosmopolita que realiza el tipo de vida civilizada. Corrientes étnicas, económicas, y espirituales, venidas de todas partes, se mezclan, coexisten y, a veces, se confunden. Oriente y Occidente intercambian en ella y sus productos, sus costumbres, sus ideas, sus vicios.

Esfumado el poderío intelectual de Atenas, pasó a ser Alejandría el centro de la actividad filosófica. Su Museo reunía las producciones del genio antiguo. Numerosos investigadores desentrañaban, en pacientes esfuerzos de interpretación histórica y filológica, el sentido de los textos magistrales. Había un continuado fervor en el estudio del pensamiento clásico.

Por lo demás, todas las escuelas griegas, desde la pitagórica hasta la epicúrea, tenían maestros y discípulos en Alejandría. Y del contacto de estas escuelas griegas con las tendencias orientales, del choque de opuestas concepciones del mundo y de la vida, resulta una atmósfera de extraña y fecunda complejidad espiritual, donde prosperan audaces pensamientos de vasta amplitud metafísica y magníficos síntesis de ideas clásicas y visiones religiosas.

El estado de ánimo inquieto y escéptico, propio de una urbe civilizada de gran esplendor material, era un buen terreno para toda clase de tentativas filosóficas. Como en nuestros días, el hombre buscaba-

(1) Revista de Occidente.—Madrid.

añebradamente un camino que lo llevase a la verdad de sí mismo. La inquietud de las postrimerías dominaba en las clases usufructuarias de los beneficios superiores de la cultura. Sobre las magníficas construcciones políticas, ideológicas y artísticas del genio antiguo se abatía un irremediable crepúsculo.

Lo mismo que hoy día, un indefinible malestar, una desazón íntima angustiaba a las almas y las empujaba hacia el misticismo. Pero las religiones oficiales no satisfacían a nadie. Nacían cultos misteriosos. Extraños personajes como Apolonio de Tyana predicaban verdades esotéricas. Otros intentaban conciliaciones arbitrarias entre las ideas filosóficas tradicionales y las complicadas elaboraciones del pensamiento religioso oriental.

La gran contienda se libra entre el helenismo, cuyo contenido vital aparece empobrecido y desprovisto de significación histórica, y el cristianismo, nueva potencia espiritual que, titubeante y confusa todavía, se desparramaba sobre el área del mundo romano. Aunque el cristianismo tomó muchas de sus ideas de la filosofía griega, representa, desde su aparición, un sentimiento de la vida y una actitud ante el destino irreductible a la verdadera esencia del espíritu clásico.

El carácter predominante de la actividad filosófica de Alejandría es su fuerte tendencia a lo religioso que le da junto a una innegable y, en ocasiones, magnífica profundidad, cierta vaga y exaltada poesía. «Es general—escribe Mehlis,—el intento de unir y conciliar el

conocimiento filosófico especulativo con la fe religiosa». Como en todas las épocas de decadencia se busca una vasta doctrina capaz de satisfacer las inquietudes de la conciencia. Muchos intentan construirla, utilizando elementos de distintas épocas y distintas culturas, pero sólo consiguen un vago sincretismo.

Dentro del ciclo de Alejandría el pensador de más relieve fué, sin duda, Plotino (205-270). Su filosofía encarna el espíritu de su época conturbado por oscuros pensamientos, sacudido por intensas aspiraciones trascendentales. Representa una manifestación postrera de la fuerza acreedora del alma griega. Frente al cristianismo triunfante, el neoplatonismo de Plotino encarna una potencia espiritual que era—como dice Mehlis—«digno rival de aquel en la fuerza y en la sublimidad de la intención.

Pero había sonado para la cultura grecolatina la hora de la disolución histórica. Algunas de sus formas políticas y espirituales continuarían sobreviviendo, pero el contenido que les daría eficacia, en su alma activa y creadora, iba a ser otra, impregnada de inéditos designios. Plotino llegaba demasiado tarde. «Con razón se ha dicho de él—escribe Mehlis—que su filosofía era el último y desesperado esfuerzo de un luchador que sentía ya la muerte en su propio pecho. Este héroe moribundo es el helenismo y la doctrina de Plotino, la más pura expresión de este heroica alma moribunda».

La traducción del alemán, del libro de J. Mehlis, editada por la

Los libros

Revista de Occidente en la colección Los filósofos, tomo VI, constituye una interesante síntesis de la filosofía de Plotino, hecha en un estilo animado y claro, especial para una divulgación eficaz de las materias que desarrolla, por lo común escasamente conocidas aun entre las personas aficionadas al estudio de las evoluciones del pensamiento filosófico. — E. G. R.